

HACIA LA CONSERVACION DEL JUDEO-ESPAÑOL

MOSHE LAZAR
Profesor, Universidad
Hebréa de Jerusalén

El idioma judeo-español, hablado por los descendientes de los judíos expulsados de España durante cinco siglos en sus distintos países de residencia (Nordáfrica, Yugoslavia, Bulgaria, Grecia, Turquía, etc.), comenzó ya a principios de este siglo a dar señales de decadencia. La literatura en esta lengua fue desmejorando en el curso de las últimas generaciones, mas recién después de la Segunda Guerra Mundial y el exterminio de las grandes comunidades judías por los nazis, se hizo patente que al cabo de una o dos generaciones el judeo-español desaparecería como lengua viva.

De los judíos que sobrevivieron la Segunda Guerra Mundial, aquéllos que emigraron a Latinoamérica fueron mezclando el judeo-español con el castellano hablado en su nuevo ambiente, y aquéllos que emigraron a otras regiones se fueron apartando del idioma. La concentración más grande de judíos que hablan el judeo-español se halla hoy en el Estado de Israel. Mas pese a encontrarse aún unas doscientas mil personas que hablan o "entienden" la lengua materna, no debemos engañarnos, dado que la mayor parte de los que emplean el idioma a diario pertenecen a la vieja generación, mientras que los hijos más bien "entienden" que hablan. Y lo que hablan no es sino una especie de "judeo-español básico", de vocabulario pobre, a lo sumo mil palabras. Es de suponer que los hijos de estos últimos, apenas si "entenderán" el idioma.

La literatura casi no existe hoy. Pocos leen el judeo-español, y sólo unos pocos lo escriben. Puede contarse con los dedos el número de autores que escriben hoy en judeo-español. Menos aún son los estudiosos que trabajan en esta lengua.

El judeo-español floreció durante cuatro centurias desde la expulsión de España hasta mediados del siglo XIX. Era una lengua viva y efervescente, prolifera, habiendo producido abundantes obras, tanto laicas como religiosas. Ya en la primera generación después de la expulsión se comenzó a traducir la Biblia al judeo-español, especialmente en los grandes centros de Constantinopla y Salónica, versiones que más tarde se habrían de difundir desde Esmirna hasta Venecia, desde Pisa hasta Viena. Al cabo de pocas décadas se traducían también obras de ética y preceptos religiosos, oraciones, poesía y comentarios. Cien años después de la expulsión ya contaban los descendientes de los expulsados con una respetable colección de obras en judeo-español, tanto originales como traducidas, en todos los campos del saber: poesía, religión, ética, historia, ciencia, medicina. Había gran deseo de leer, y de lo poco que sabemos hoy acerca del tiraje de las distintas ediciones puede deducirse que nada más que una pequeña parte de toda esta prolifera literatura se ha con-

servado hasta hoy. La mayor parte de esta antigua literatura se encuentra hoy en tres bibliotecas: el Jewish Theological Seminary en Nueva York, la Biblioteca Judía Nacional y Universitaria en Jerusalén y el Instituto Ben Zvi.

ENCICLOPEDIA POPULAR

El judeo-español escrito y hablado conservó las características de los dialectos españoles de los siglos XII a XV, con la añadidura de no pocas palabras hebreas que vinieron a expresar conceptos pertenecientes al mundo religioso, ético, social y cultural de los judíos. Pero cuanto más nos alejamos de España, tanto geográfica como cronológicamente, tanto más se aparta este idioma del español y va absorbiendo términos y expresiones de los idiomas en uso en los países de residencia de los judíos: griego, turco, lenguas eslavas, árabe, italiano y francés (este último en especial a fines del siglo XIX y comienzos del XX, como resultado de las escuelas de la Alliance Israélite Universelle). No obstante, y pese a las contaminaciones de otros idiomas, la literatura escrita conservó hasta mediados del siglo XIX una lengua rica y armónica, una sintaxis pura y un estilo desarrollado. La obra cumbre escrita en judeo-español en el siglo XVIII fue aquella "enciclopedia" popular de Yaakov Khuli intitulada "Meam Loez", que fue un **best-seller** durante muchas generaciones. Este es un tesoro vivo del pensamiento judeo-español, que fue inspirado en las fuentes principales de la filosofía judía: la Mishná, el Talmud, el Shuljan Aruj, el Zohar, las obras de Yosef Albo, Shelomó Ibn Gabirol, Yehudá Haleví, Moshé Ibn Ezra, Benjamín de Tudela, etc. No cabe duda que la constante lectura de "Meam Loez" ejerció una influencia decisiva también sobre la formación de la lengua hablada por los judíos sefardíes.

Otro tesoro de términos y conceptos en judeo-español puede encontrarse en los centenares de testimonios desparramados en los tomos de "preguntas y respuestas". Las descripciones de lugares de residencia, objetos, profesiones, instrumentos, prendas de vestir, costumbres, contratos, etc. que figuran en dichos volúmenes, hacen un importante aporte al estudio de la historia social y cultural de las comunidades judeo-españolas.

Un mundo de por sí lo constituye el romancero sefardí, colección de romanzas y canciones en judeo-español que fueron pasando de una generación a otra y que en años recientes fue enriquecida por numerosos investigadores que han publicado nuevas romanzas de boca de ancianos, antes que desaparezcan del todo.

No es éste el lugar para describir todos los terre-

nos de la actividad espiritual que tuvo expresión a través del judeo-español: más de 300 periódicos políticos y humorísticos, libros de estudio y diccionarios populares, crónicas, documentos comerciales, textos de medicina, sermones, poesía, obras de teatro, y traducciones, sobre todo del francés, de obras de Molière, Racine, Víctor Hugo, A. Dumas, etc

La mayor parte de la literatura judeo-española está dispersa en varias bibliotecas, en ediciones raras y valiosas y bastante abandonadas. Dentro de una o dos generaciones también este tesoro estará más allá del alcance de los investigadores, que no podrán captar el significado especial de centenares de palabras. Es, pues, menester actuar con urgencia tanto para publicar nuevas ediciones de las mejores obras en judeo-español como para preparar los instrumentos necesarios para el estudio de las distintas ramas de la literatura judeo-española.

Es con esta finalidad que en Jerusalén se están llevando a cabo dos grandes obras, que con el correr del tiempo serán seguidas por otras: el diccionario etimológico judeoespañol-hebreo-castellano, y una edición científica de la Biblia en judeo-español, basada en manuscritos descubiertos recientemente y en antiguas ediciones impresas.

EL DICCIONARIO

El Instituto Ben Zvi para la Investigación de las Comunidades Judías Orientales, en el cual está concentrado abundante material para el estudio de la lengua y la literatura judeo-española, promovió ya en sus primeros años de existencia la publicación de estudios sobre estos valores culturales. En vista del peligro de que el idioma vaya desapareciendo y que los estudiosos de mañana tropiecen con dificultades en su trabajo, aún si habrán de dominar el español, se decidió preparar un diccionario judeoespañol-hebreo, en el que figurarán todas las palabras del idioma hablado y escrito. Un grupo de personas que hablan el español y el judeo-español han reunido en los últimos años el material de todas las fuentes posibles —de ediciones impresas y manuscritos, de diccionarios populares compilados en las últimas generaciones, parte de ellos editados y parte inéditos, de gloriosos, textos de medicina y obras en todos los terrenos de la literatura y el pensamiento. Una vez completa la labor de recopilación de las palabras, se emprendió hace pocos meses la redacción científica de los artículos. Esta labor durará de un año a dos, según el número de colaboradores de que dispondremos y el presupuesto que se nos habrá de aprobar para completar el trabajo y preparar la obra para la imprenta.

En cada uno de los artículos se han anotado las palabras en sus distintas formas y declinaciones. Junto al vocablo principal se ha señalado su raíz y su transcripción en escritura latina, las fuentes en que figura, la traducción de su significado al hebreo. A ello se añadieron ejemplos que explican estas acepciones, y que al mismo tiempo demuestran la difusión de las palabras en las distintas comunidades y las variantes de ortografía. Al final del diccionario aparecerá un in-

dice detallado de todas las palabras en caracteres latinos y su traducción al español.

Hace más de un año se envió una muestra del diccionario a decenas de investigadores expertos en español y judeo-español, tanto en Israel como fuera de él. En respuesta a ello, se recibieron sugerencias que serán muy útiles en la compilación definitiva del diccionario.

No cabe duda que el diccionario representará para los filólogos españoles y los investigadores de la literatura judeo-española un importante instrumento de trabajo, amén de contener un valioso vocabulario.

LA BIBLIA EN JUDEO-ESPAÑOL

La fuente más rica para la investigación del judeo-español en todos sus aspectos y en especial en lo referente a su desarrollo histórico, es la versión judeo-española de la Biblia. El rico vocabulario de esta versión, las formas morfológicas y sintácticas que figuran en la misma, forman la base principal de toda la literatura creada y de la lengua hablada con posterioridad. Las traducciones de la Biblia sirvieron en muchos pueblos de base para la cristalización de sus respectivas lenguas, tanto más cuanto entre los judíos de España, los expulsados y sus descendientes.

Más el estudio de las traducciones de la Biblia al español en general, y al judeo-español en particular, se encuentra recién en sus comienzos. Antes de la expulsión se habían editado traducciones hechas tanto por cristianos (en base a la Vulgata) como por judíos (en base para las distintas traducciones hechas después de la expulsión). No todas las versiones se han conservado hasta el día de hoy, y muchas fueron destruidas o se perdieron con el correr de los años.

Antes de la expulsión de España había existido una rica tradición de traducciones de la Biblia, con un vocabulario y estilo propios. Después de la expulsión siguieron estudiando la Biblia según las antiguas versiones, adaptándolas de vez en cuando a las modificaciones en el idioma corriente. La única traducción completa de la Biblia, a excepción de aquella que apareció en escritura latina en Ferrara en el año 1553, es la de Abraham Ben Isaac Assa, publicada en caracteres hebreos en Constantinopla en los años 1739-1744. Es difícil suponer que entre la expulsión de España y mediados del siglo XVIII no existía versión judeo-española de la Biblia en escritura hebrea. En efecto, una generación después de la expulsión comenzaron las comunidades judías a pensar en una nueva traducción de toda la Biblia, no según el orden tradicional de los Libros sino según las necesidades del culto y la enseñanza: Salmos, Deuteronomio, Profetas Anteriores, Profetas Posteriores. Todos estos libros bíblicos traducidos en el curso del siglo XVI, conocidos hoy gracias a manuscritos descubiertos recientemente, no se asemejan a la traducción de Ferrara en escritura latina, mas sirvieron de base para la versión completa de Assa.

En base a los estudios comparativos hechos de las distintas versiones, es posible emprender hoy una edición científica de la Biblia en judeo-español, basada en los manuscritos del siglo XVI y las variantes de otras fuentes y traducciones.